

El otro Nietzsche

Lizabeth Sagols Sales

Herbert Frey, *La sabiduría de Nietzsche. Hacia un nuevo arte de vivir*. México, Porrúa, 2007.

La *sabiduría de Nietzsche. Hacia un nuevo arte de vivir* de Herbert Frey está escrito desde el afán de incursionar en un Nietzsche distinto al de las interpretaciones comunes: el más lejano posible a su estigmatización como un filósofo de la violencia, de la voluntad de poder y que ha dado pie a su falsa identificación con el fascismo. Frey intenta rescatar, junto con otros muchos intérpretes italianos, franceses, alemanes, vieneses y norteamericanos, un Nietzsche más próximo al arte de vivir individual que al combate social y el supuesto predominio de un Estado nacional; intenta dejar atrás las lecturas predominantes en la posguerra, en particular, la de Luckás y la de Heidegger. Resulta en verdad gratificante encontrarnos con un texto que rescata la “nobleza y el dolor de un alma excepcional” —como decía Bataille.

Se trata pues de una interpretación refrescante, con énfasis novedosos que nos abren a la comprensión de un Nietzsche capaz de aclarar nuestra situación actual. “No busco al Nietzsche correcto —dice Herbert— sino el que tenga algo que decir a la propia época, pues toda recepción de los clásicos está determinada por el tiempo en que se lee, por el *modus* del presente” (p. 8). Se acepta así el círculo vicioso y —diría yo— “virtuoso” (a la vez) de la interpretación. Vicioso porque en la medida en que el presente reconstruye el pasado parecen encerrarse uno en el otro, pero virtuoso porque se abre el significado de una obra a la actualidad y porque después del fracaso de la modernidad es imposible pretender una objetividad pura.

Para Herbert Frey —junto con Sloterdijk— lo que se requiere es dejar atrás la modernidad mediante una recuperación de lo trágico, de la metáfora de Dionisos centrada en la aceptación del dolor, centrada en una “algodicea” que nos permita recuperar la inmanencia sin buscar ninguna salvación para la existencia individual. Lo que se requiere es soportar lo insoportable y plantarnos sobre las fuerzas propias.

El eje del libro parece estar, así, en la asunción de la filosofía como práctica de vida, de suerte que hay en él un auténtico *pathos* ético: constructor

de un *ethos* o carácter. Desde este horizonte, Frey destaca –para fortuna de muchos– la importancia decisiva que tenían para Nietzsche los griegos, tanto los presocráticos como los helenos: estoicos y epicúreos –en particular. Pero también el mismo Sócrates es rescatado, lo que es digno de agradecimiento, pues se ha abusado en las interpretaciones tradicionales de la contraposición nietzscheana a Sócrates como representante del concepto y la verdad racional. Más allá de esta visión unilateral, Herbert destaca, en su penúltimo capítulo dedicado al “Espíritu libre y el arte de vivir”, los pasajes de *El caminante y su sombra* en los que Sócrates aparece, a través de las *Memorabilia* de Jenofonte, como un pensador inteligente, de seriedad regocijada, centrado en el propio yo y en la alegría de vivir, y poseedor del mejor estado de ánimo: la ironía (pp. 162 y ss.)

Pero lo decisivo en la dimensión ética de Nietzsche es para Frey, su unión con la estética existencial a través un arte de vivir centrado en el trabajo de transformación del yo. Tal ética-estética se opone al cristianismo, no sólo por su trascendencia, por su negación de este mundo y martirio del cuerpo, sino además, por su pretensión de establecer normas para todos. La universalidad ética es imposible para la ética-estética. La uniformidad, el anonimato y la falta de cuidado hacia la propia individualidad, son lo opuesto a la ética, y en tanto son categorías sostenidas por el cristianismo, éste se revela, a los ojos de Herbert, como inmoral. Por el contrario, el *ethos* nietzscheano es en verdad ético porque parte de la vivencia de la singularidad del yo y de la decisión de éste a vivir (después de la modernidad) sin un Dios que consuele su finitud y le prometa el cielo trascendente.

La situación actual a la que pretende dar respuesta Herbert con su “otro Nietzsche” parece ser justo el vacío de ideales que ha dejado la desaparición de la modernidad, y el tener que seguir cargando con nuestra conciencia de la muerte, a pesar de saber que no existe ningún más allá. En consecuencia, el hombre tiene que ser autárquico, independiente, tiene que ser su propio sustento.

Por un lado, la ética con la que se daría respuesta a nuestra época exige la recuperación del mito trágico de Dionisos, y por el otro, exige la recuperación del autoconocimiento racional, pues como lo demostraron Horkheimer y Adorno, aunque Nietzsche recuperó la pasión y lo irracional, también buscó la racionalidad y el conocimiento de sí. La recuperación de la tragedia consiste en asumir los lados oscuros y terribles de la existencia, en incorporar la finitud en un permanente proceso de autocreación y autotransformación que incluyen, desde luego, la experiencia sexual del mito dionisiaco. Así, se accede al gozo de la existencia, se logra afirmar este mundo y el propio vivir como un devenir eterno, como un eterno retorno de la vida misma. Lo trágico consiste, a fin de cuentas, para Herbert, en un pesimismo de la fuerza, de la

salud y la superabundancia que se decide a vivir desde la belleza creativa y el goce sexual.

El autoconocimiento racional, por su parte, se basa en gran medida en la filosofía de Epicuro, el cual propone un arte de vivir a partir de la liberación de prejuicios como el temor a la muerte, a los dioses y al destino. Se trata en definitiva, de darnos cuenta de que no hay nada escrito, no hay pecado original, castigo, ni culpa ni destino, y, por ende, la vida es un experimento. Nadie –sostiene Frey– es sí mismo, por el contrario, ha de construirse, ha de llegar a ser mediante el ejercicio permanente de la libertad. La respuesta al desencanto de la modernidad es la autosuficiencia, la autarquía o independencia de las circunstancias externas. Y en esta recuperación epicúrea de la dimensión ética de Nietzsche, la felicidad es una conquista, algo que se logra por el propio esfuerzo de salir de persistente adolescencia: de la creencia en el destino y en las fuerzas superiores al yo. ¿Cómo no sentirnos atraído por una interpretación que logra decirnos algo central para el presente?

Además, todo lo anterior está unido a una cálida y compenetrada narración de gran parte de la biografía de Nietzsche. Bajo el bello título de “El eros anhelado” Frey nos cuenta cómo la crítica a la moral cristiana fue para Nietzsche algo íntimamente unido a su vida, en particular, unido a vivencias claves de su niñez y juventud: las muertes de su padre y su hermano, el sufrimiento por el rechazo de su madre y sobre todo, el haber sufrido la represión idealista-religiosa que negaba el cuerpo y que hizo que su madre viera como amenazante el desarrollo de su sexualidad viril. De este modo –nos revela Herbert– Nietzsche se siente obligado a “olvidar que era hombre” (p. 59), y en su última biografía nos dice: “La ignorancia en cuestiones fisiológicas, el maldito “idealismo” es la verdadera desgracia de mi vida” (p. 59). En consecuencia, Nietzsche se sintió impulsado a oponerse al idealismo, a sospechar de él, desenmascararlo, y en general desenmascarar todo dualismo, incluso el de Schopenhauer. Dedicó todos sus esfuerzos a la recuperación de nuestra condición terrenal y de la subjetividad que está situada en el centro del mundo. Según la interpretación de Herbert, la oposición a la tradición y a la modernidad intensificó la vida filosófica del autor del *Zaratustra*, pero, a la vez, se trató de una vida que nunca pudo incorporar a Eros, que nunca hizo de éste algo que desplegara su propia energía, su placer y su donación al ser amado: no hay en Nietzsche –cabe decir– un eros alado, se trata sólo de algo anhelado. Se ponen al descubierto, así, los aspectos más dolorosos de una vida, se muestra su patetismo, pero no con afán de exhibirlo, sino de acompañarlo con la comprensión.

El otro Nietzsche que nos ofrece Frey es, entonces, un filósofo capaz de responder a las necesidades de nuestra época, un filósofo centrado en la sabiduría, preocupado por hacer de la vida un arte, por recuperar la pasión

y la razón, y empeñado en la crítica al cristianismo y el dualismo. No es el Nietzsche de las palabras e ideas altisonantes: el eterno retorno, la voluntad de poder y el superhombre, sino el de la autarquía y el autoconocimiento. No podemos sino celebrar la alternativa abierta para el conocimiento del autor del *Nacimiento de la tragedia* que todo esto significa. Era necesaria ya esta mirada preocupada por los otros aspectos nietzscheanos, más allá de los destacados en la posguerra.

Sólo queda una cierta duda que planteo con ánimo de diálogo, quizá para mucho tiempo con Herbert Frey. Para que una interpretación sea válida, nos dice él mismo, se requiere que se atenga a la facticidad del texto (p. 18). Es un hecho que todo lo que Frey interpreta de Nietzsche se atiene a la facticidad de los textos, más aún pone a la luz lo que habiendo leído muchas veces ha quedado ignorado por el imperio de visiones ya hechas. Pero también hay que considerar que las interpretaciones exigen movernos en los múltiples aspectos de un pensador, sean cuales sean estos aspectos. Se echa de menos en la lectura de este libro, el problema interno a la cuestión del nihilismo. Herbert nos advierte que no atenderá a las grandes palabras de Nietzsche, sino a la sugerencia que hay detrás del conjunto de su pensamiento. En esta medida, el nihilismo está supuesto en su interpretación, es el trasfondo al que se quiere responder con la sabiduría, la tragedia y la ética.

El problema, en mi opinión, es que no basta con responder de manera constructiva al nihilismo, sino que, además, hay que tomar en cuenta el nihilismo destructor de algunos pasajes nietzscheanos, el cual pide ser asumido también desde una mirada trágica, es decir, viendo los lados más oscuros de Nietzsche y no solo lo que hay de luz en él. Es cierto que la afirmación, el sí a la vida y a la propia existencia han de predominar en la comprensión de este filósofo. En esta medida, son injustas e inválidas las interpretaciones que sólo ven la destrucción. Sin embargo, el autor de *Ecce homo* nos advierte siempre que es el maestro *par excellence* de la decadencia; ello lo hace un pensador complejo, laberíntico, o como dice Fink, un pensador jánico: de dos rostros, en el que no puede pasarse por alto su recorrido por la negación. Dicho de otra forma, se extraña el “duro viento helado de la montaña”, el que permite resurgir renovados por los caminos de la destrucción-construcción.

No obstante, un texto no ha de juzgarse más por lo que le falta que por lo que ofrece: Por tanto, considero que aunque a algunos nos haga falta la confrontación del nihilismo destructor, el libro de Herbert nos amplía la comprensión sobre Nietzsche y sobre el mismo arte de vivir.